españoles en los mares del Sud. Pero era necesario asegurarse de los servicios del carpintero principal de abordo, á quien en consecuencia se le comunicó privadamente la conspiración. Este individuo se mostró fiel, y en el acto comunicó su peligro al capitán. Reuniendo á su alrededor aquellos que sabía que eran leales, hizo cargar Phipps los cañones que dominaban la costa y ordenó que se levantara el puente que comunicaba con el buque. Cuando se presentaron los amotinados, el capitán les gritó, diciéndoles que haría fuego sobre ellos si se aproximaban á los abastecimientos que aún estaban en tierra; retirándose entonces los amotinados, en seguida de esto volvió Phipps á ordenar que fuesen llevados á bordo los víveres y provisiones resguardados por el fuego de los cañones. Temerosos los amotinados de ser abandonados en la isla árida y desierta, depusieron las armas é imploraron que se les permitiera volver á sus puestos. La solicitud fué concedida, y se tomaron las medidas convenientes para evitar ulteriores daños. Sin embargo, Phipps aprovechó la primera oportunidad para dejar en tierra la parte amotinada de la tripulación, y ocupó otros marineros en su lugar; pero, hacia el tiempo en que podía volver á emprender activamente sus exploraciones, se encontró que le era absolutamente necesario regresar á Inglaterra para hacer reparaciones en el buque. Ya había adquirido, sin embargo, informes más precisos respecto del sitio en que había naufragado el galeón español, y aunque burlado hasta entonces, tenía más confianza que nunca en el éxito seguro de su empresa.

De regreso á Londres, dió cuenta Phipps al Almirantazgo del resultado de su viaje, y se manifestó satisfecho con sus esfuerzos; pero no había tenido éxito, y no quisieron confiarle otro buque del rey. Jacobo II reinaba y el gobierno se hallaba en apuros; así es que Phipps y su proyecto de oro acudieron en vano á ellos. En seguida trató de levantar los recursos necesarios por subscripción pública. Al principio se rieron de él; pero su incesante importunidad prevaleció al fin, y después de haber estado trasegando su proyecto durante cuatro años en los oídos de los grandes é influyentes — durante cuyo tiempo vivía en la pobreza — salió bien de su empeño por fin. Formóse una compañía de veinte acciones, habiendo tomado el mayor interés en ello el duque de Albermale, hijo del general Monke, que suscribió la mayor parte de los fondos necesarios para la prosecución de la empresa.

Lo mismo que Foley, fué más afortunado Phipps en su segundo viaje que en el primero. El buque llegó sin accidente al Puerto de la Plata, en las inmediaciones de los arrecifes y rocas en que se creía que había tenido lugar el naufragio. Su primer acto fué construír un sólido bote capaz de llevar ocho ó diez remos, en cuya construcción solía usar la azuela el mismo Phipps. Dícese también que construyó una máquina con objeto de explorar el fondo del mar, algo parecida á la que ahora es conocida por la campana de buzo. De una máquina semejante se había hecho mención en los libros, pero Phipps sabía muy poco de libros, y puede decirse que de nuevo inventó el aparato para su propio uso. Ocupó también á buzos indios, cuyas hazañas en zabullir en busca de perlas, y en maniobras submarinas, eran notabilísimas. Habiendo sido llevados al arrecife el patache y el bote, se puso al trabajo á los hombres, fué sumergida la campana de buzo, y durante muchas semanas fueron empleados continuamente diversos modos de dragar el fondo del mar, pero sin ninguna probabilidad de éxito. Phipps, sin embargo, se sostenía valerosamente, esperanzado casi contra la esperanza. Un día por fin, en que un marino miraba por encima de la borda del bote en el agua clara, observó una planta marina curiosa que crecía de entre lo que parecía ser una hendidura de la roca, y llamando á un buzo indio le pidió que descendiera y se la trajera. Al volver con el alga el indio, informó que en el mismo lugar estaban varios cañones de buque. La noticia fué recibida al principio con incredulidad, pero resultó ser exacta después de hacerse otras pesquizas. Se hicieron buscas y de pronto apareció un buzo con una barra sólida de plata en brazos. Cuando se le mostró á Phipps, exclamó: *¡Gracias á Dios! ¡todos somos ya hombres!* Se pusieron á trabajar las campanas, los buzos y los zabullidores con ardor, y en pocos días sacaron un tesoro por valor de unas trescientas mil libras esterlinas, con el cual regresó Phipps á Inglaterra. Á su llegada se insistía con el rey para que se apoderase del buque y del cargamento, bajo pretexto de que Phipps, no había dado un informe exacto respecto del negocio cuando solicitó el permiso de Su Majestad. Pero el rey contestó que sabía que Phipps era hombre honrado, que él y sus amigos debían repartirse entre sí todo el tesoro, aunque hubieran vuelto con doble cantidad. La parte de Phipps fué como de veinte y dos mil libras esterlinas, y el rey, para manifestar su aproba-

ción por su energía y honradez en la dirección de la empresa, le confirió el honor de la caballería. Fué nombrado también *Jerif* supremo de Nueva Inglaterra, y durante el tiempo que ocupó el empleo, prestó buenos servicios á la madre patria y á las colonias contra los franceses, haciendo expediciones contra Port Royal y Quebec. También desempeñó el puesto de Gobernador de Massachusetts, de donde regresó á Inglaterra, y murió en Londres en 1695.

En toda la última parte de su vida no se avergonzaba Phipps de mencionar lo humilde de su origen, y para él era tema de honroso orgullo el haber subido desde la condición de carpintero de buque hasta los honores de la caballería y el gobierno de una provincia. Cuando se hallaba perplejo en los asuntos públicos, solía declarar que le sería más fácil volver á manejar su hacha de carpintero. Dejó tras sí la reputación de haber sido probo, honrado y valiente, lo que no es por cierto el legado menos noble de la casa de Normanby.

Guillermo Petty, fundador de la casa de Lansdowne, era un hombre de igual energía y utilidad pública en su tiempo. Hijo de un pañero de condición modesta, de Romsey, Hampshire, donde nació en 1623, en su niñez recibió una educación regular en la escuela primaria de su pueblo natal; después de esto se propuso adelantar estudiando en la universidad de Caen, en Normandía. Estando allí se mantuvo sin la ayuda de su padre, ocupándose en un pequeño negocio de vendedor ambulante con « un pequeño capital de mercaderías. » Habiendo regresado á Inglaterra, se contrató de aprendiz con un capitán que hacía la navegación de altura, quien le « armó caballero con el extremo de una cuerda », por lo malo de su vista. Abandonó la marina con disgusto, entregándose al estudio de la medicina. Mientras estuvo en París se dedicó á la anatomía, al mismo tiempo que diseñaba diagramas para Hobbes, quien escribía entonces su tratado de óptica. Se vió reducido á tal pobreza, que se alimentó durante dos ó tres semanas únicamente con nueces. Pero volvió á traficar en pequeño, ganando un honrado penique, y poco después pudo regresar á Inglaterra con algún dinero en el bolsillo. Teniendo disposición natural por la mecánica, le encontramos sacando privilegio por una máquina de copiar cartas. Principió á escribir sobre artes y ciencias, y cultivó la química y la física con tal éxito, que muy pronto llegó á ser grande su reputación.

En sociedad con hombres de ciencia, discutióse el proyecto de formar una sociedad para su cultivo, y las primeras asambleas de la naciente sociedad Real tuvieron lugar en su habitación. En Oxford ocupó algún tiempo el puesto de sustituto del profesor de anatomía, que tenía gran repugnancia á la disección. En 1652 fué recompensada su laboriosidad con el nombramiento de médico del ejército, en Irlanda, á donde marchó; y mientras estuvo allí fué el médico de tres lordtenientes; Lamberl, Fleetwood y Enrique Cromwell sucesivamente. Habiéndoles sido otorgadas grandes concesiones de tierras confiscadas á los soldados puritanos, observó Petty que las tierras eran medidas muy incorrectamente; y en medio de sus muchas ocupaciones se hizo cargo de hacer la medición por sí mismo. Sus cargos fueron tan numerosos y lucrativos que los envidiosos le acusaron de corrupción, y se los quitaron todos; pero recobró el favor durante la restauración.

Petty era un infatigable inventor y organizador de la industria. Uno de sus inventos fué un buque de doble fondo, para navegar contra viento y marea. Publicó tratados sobre el arte de teñir, sobre filosofía naval, sobre la fabricación de géneros de algodón, sobre aritmética, política, y sobre otras muchas materias. Estableció fundiciones de hierro, abrió minas de plomo, y principió una pesquería de sardinas y arenques, y un negocio de maderas; en medio de todo esto encontraba tiempo para tomar parte en las discusiones de la sociedad Real, á la que contribuía considerablemente. Dejó una gran fortuna á sus hijos, el mayor de los cuales fué creado barón Shelburne. Su testamento es un documento curioso, que claramente demuestra su carácter; conteniendo un detalle de los principales acontecimientos de su vida, y el adelanto gradual de su fortuna. Sus sentimientos respecto al pauperismo son característicos: « Por lo que hace á legados para los pobres, dice, estoy en la incertidumbre; por lo que hace á los mendigos de oficio y por elección propia, no les doy nada; en lo que respecta á los imposibilitados por la mano de Dios, el público es quien debe mantenerlos; en cuanto á aquellos que han sido criados sin oficio ni beneficio, deben ser puestos á cargo de sus parientes; »... « por lo que estoy satisfecho de haber ayudado á todos mis parientes pobres, y haber puesto á muchos en camino de ganar su pan, he trabajado en obras públicas; y por medio de inventos

he hallado verdaderos objetos de caridad; por eso conjuro á todos los que participen de mi fortuna, que de tiempo en tiempo hagan lo mismo á riesgo suyo. Sin embargo, de conformidad con una costumbre y para ponerme del lado más seguro, doy veinte libras á los más necesitados de la parroquia en que muero.»

Fué enterrado en la bella y antigua iglesia normanda de Romsey — pueblo en que habia nacido, hijo de un pobre — y en el lado sud del coro se ve aún una losa sencilla, con la inscripción grabada por algún operario iliterato que dice: *Aquí Yase sir Guillermo Petty.*

Otra familia, ennoblecida en nuestros días por las invenciones y el comercio, es la de Strutt de Belper. Su diploma de nobleza fué asegurado por Jedediah Strutt, en 1758, cuando inventó su máquina para hacer medias sin costuras, y con ello puso los cimientos de una fortuna que los herederos del nombre han aumentado grandemente y han empleado noblemente. El padre de Jedediah era labrador y preparador de cebada para hacer la cerveza; hizo muy poco por la educación de sus hijos; pero sin embargo, todos adelantaron. Jedediah era el hijo segundo, y cuando niño, ayudaba á su padre en el trabajo de la alquería. Desde edad temprana manifestó su gusto por la mecánica, é introdujo varias mejoras en las toscas herramientas de agricultura de la época. Á la muerte de su tío le sucedió en una alquería en Blarkwall, cerca de Normanton, que hacía mucho tiempo estaba arrendada por la familia, y poco después se casó con la señorita Wollatt, hija de un mediero de Derby. Habiendo sabido por su cuñado que habían sido hechos varios ensayos infructuosos para hacer medias sin costuras, se puso á estudiar el asunto con la mira de efectuar lo que otros no habían podido realizar. En consecuencia se proporcionó un telar de medias, y después de haber comprendido bien su manejo y modo de acción, comenzó á introducir nuevas combinaciones, por cuyo medio consiguió efectuar el trabajo de la presilla simple del telar, y de ese modo pudo producir medias *sin costuras*. Habiendo obtenido privilegio por su máquina perfeccionada, se trasladó á Derby, y allí comenzó en grande escala la fabricación de medias sin costuras, en la que obtuvo gran éxito. Después se unió á Arkwright, habiéndose asegurado completamente del mérito de su invención, y halló los medios de conseguir el privilegio como así mismo de levantar una gran fábrica de tejidos de algodón en Cranford,

en Derbyshire. Después de espirado el término de la sociedad con Arkright, fundaron los Strutts grandes fábricas de algodón en Milford, cerca de Belper, que tan dignamente da título al jefe actual de la familia. Los hijos del fundador, eran, al igual que su padre, distinguidos por sus aptitudes mecánicas. Dícese de Guillermo Strutt, el mayor, que inventó una *juanilla* de hilar automática, que no pudo tener éxito únicamente porque la habilidad mecánica de ese tiempo era inferior á su fábrica. Eduardo, hijo de Guillermo, era un hombre de eminente genio mecánico, habiendo descubierto, cuando joven, el principio de las ruedas de suspensión para los carruajes: hizo construír dos carretillas de mano y un carro sobre ese principio, y los hacía usar en su alquería de Belper. Podemos agregar que los Strutts se han distinguido siempre por el noble empleo de la riqueza que su laboriosidad y habilidad les han proporcionado; que por todos los medios han tratado de mejorar la condición moral y social de los obreros que ocupaban; y que han sido generosos donantes en toda buena causa, y el presente hecho por José Strutt, del hermoso parque de Arboretum en Deroy, como regalo á perpetuidad á favor del pueblo, es tan solo uno de sus muchos actos de generosidad. Las últimas palabras con que terminaba el breve discurso que pronunció al presentar este valioso regalo, merecen ser transcritas y recordadas: «Como el sol ha alumbrado sobre toda mi vida brillantemente, sería ingrato en mí no emplear parte de la fortuna que poseo en adelantar el bienestar de aquellos entre quienes vivo, y con cuya laboriosidad he sido ayudado en su organización.»

No menos laboriosidad y energía han sido desplegadas por los muchos hombres valerosos, tanto del presente como del pasado, que han ganado su título de nobleza con su valor ya en tierra ya en el mar. Sin mencionar los antiguos lores feudales, cuya tenencia dependía del servicio militar, y que tan amenudo conducían la vanguardia de los ejércitos ingleses en las grandes contiendas nacionales, podemos señalar á Nelson, San Vincent, y Lyons; á Wéllington, Hill, Hardinge, Clyde, y muchos otros de la época moderna, que han ganado noblemente sus títulos con sus distinguidos servicios. Pero la perseverante laboriosidad ha facilitado más á menudo camino á la nobleza por medio de la prosecución honrosa en la profesión de las leyes, que cualquier otra. Setenta pares británicos, cuando menos, incluyendo

dos ducados, han sido fundados por abogados afortunados. Es verdad que Mansfield y Erskine eran de familia noble, pero éste último acostumbraba dar gracias á Dios de que su familia no había contado ningún lord. (1) Los demás han sido en su mayor parte hijos de abogados, almaceneros, sacerdotes, comerciantes, y miembros muy estudiosos de la clase media. De esta profesión han salido los pares Howard y Cavendish, habiendo sido jueces los primeros pares de ambas familias; los de Aylesford, Ellenborough, Guildford, Shaftesbury, Rosslyn; y otros más próximos á nuestra época, tales como Tenterden, Eldon, Brougham, Denman, Truro, Lyndhurst, Saint Leonards, Granworth, Campbell, y Chelmsford.

El padre de lord Lyndhurst era pintor de retratos; y el de Saint Leonards perfumista y peluquero de la calle Burlington. El joven Eduardo Sugden fué mandadero en el estudio del finado señor Groom, de la calle Enriqueta, plaza de Cavendish, un escribano de traspaso inscrito, y allí fué donde adquirió sus primeras nociones de abogacía el futuro lord canciller de Irlanda. El origen del finado lord Tenterden fué quizá el más humilde de todos, pero tampoco se avergonzaba de ello; porque sentía que la laboriosidad, el estudio y la aplicación, por medio de los cuales había alcanzado su eminente posición, los debía en absoluto á sí mismo. Se refiere de él que en una ocasión condujo á su hijo Carlos á un pequeño soportal, que entonces estaba frente al lado oeste de la catedral de Canterbury, y señalándoselo le dijo: « Carlos, mira esta pequeña tienda, te he traído á propósito para enseñártela. En esa tienda acostumbraba afeitar tu abuelo por un penique: esa es la reflexión más orgullosa de mi vida. » Cuando niño, era lord Tenterden cantor en la catedral, y es curioso recordar que su destino en la vida fuese cambiado por un contratiempo. Cuando él y el juez Richards iban juntos una vez al tribunal, entraron en la catedral á oír el servicio;

(1) Nada debía Mansfield á su noble familia, que era pobre y sin influencia alguna. Su éxito fué merecido y legítimo resultado de los medios que empleó activamente para conseguirlo. Siendo niño cabalgó en un petizo desde Escocia hasta Londres, empleando dos meses en el viaje. Después de un curso en la escuela y otro en el colegio, entró en la abogacía, y terminó una carrera de trabajo, paciente é incesante como lord juez principal de Inglaterra, cuyas funciones reconocen todos que las llenó con habilidad, justicia, y honor no superados.

y al elogiar Richards la voz de un hombre que cantaba en el coro, dijo lord Tenterden: « ¡Ah! ¡ese es el único hombre á quien más he envidiado! ¡Cuando estaba en la escuela de este pueblo, éramos candidatos para un puesto de corista, y él lo consiguió! »

No menos notable fué la elevación al mismo empleo distinguido de lord juez principal, del áspero Kenyon y del robusto Ellenborough; ni fué un nombre menos notable el que últimamente ocupaba ese mismo empleo; el astuto lord Campbell, exlord canciller de Inglaterra, hijo de un sacerdote parroquial en Fifeshire. Durante muchos años trabajó mucho como *reporter* de la prensa, mientras se preparaba activamente para la práctica de su profesión. Se dice de él, que al principio de su carrera tenía la costumbre de ir á pie de una cabecera de condado á otra, cuando había sesiones en los tribunales, siendo demasiado pobre para costearse la diligencia. Pero paso á paso se levantó lentamente y de un modo seguro á esa eminente distinción que siempre sigue á una carrera de laboriosidad proseguida honrosa y enérgicamente, en la profesión de abogado, como en cualquier otra.

Ha habido otros ejemplos ilustres de lores cancilleres que han subido trabajosamente la escarpada altura de la fama y de los honores con igual energía y éxito. La carrera del finado lord Eldon es quizá uno de los ejemplos más notables. Era hijo de un acomodador de carbón en Newcastle, muchacho travieso más bien que estudioso; poco asíduo á la escuela, y azotado muchas veces, porque el robo en las huertas era una de las ocupaciones favoritas del futuro lord canciller. Primero pensó su padre colocarle como aprendiz en algún almacén, y después casi se había resuelto á llevarle consigo en su misma ocupación de acomodador de carbón. Pero por este tiempo escribió á su padre su hijo mayor Guillermo (después lord Stowel), que había ganado una beca en Oxford, diciéndole: « Mandadme á Juanucho; puedo hacer algo mejor para él. » De acuerdo con esto fué enviado Juan á Oxford, donde, con la influencia de su hermano y su propia aplicación, consiguió obtener una beca. Pero estando en su casa durante las vacaciones, fué tan desgraciado — ó más bien tan afortunado, como lo probaron los resultados — que se enamoró; y huyendo al otro lado de la frontera con su novia, es casó, y, según lo creían sus amigos, se perdió para toda la vida.

No tenía ni casa ni hogar cuando se casó, y aun no había ganado un penique. Perdió su beca, y al mismo tiempo se le cerró el acceso á todo ascenso en la Iglesia, á la cual había sido destinado. Dirigió, pues, su atención al estudio de la abogacía. Escribió á un amigo: « Me he casado precipitadamente; pero tengo el firme propósito de trabajar con ardor para proveer á la mujer que amo. »

Juan Scott llegó á Londres, y tomó una casita en Cursitor Lane, donde se estableció para el estudio del derecho. Trabajó con gran actividad y resolución; levantándose á las cuatro todas las mañanas y estudiando hasta las altas horas de la noche, atándose una toalla humedecida alrededor de su cabeza para no dormirse. Demasiado pobre para estudiar con un abogado especial, copió tres volúmenes en folio de una colección de precedentes manuscritos. Mucho después, cuando era lord canciller, pasando un día por Cursitor Lane, dijo á su secretario: « Aquí estaba mi primera alcándara; recuerdo haber bajado muchas veces por esta calle con seis peniques en la mano para mi cena. » Cuando al fin fué admitido en el foro, tuvo que esperar mucho tiempo antes de lograr ocupación. Las ganancias de su primer año ascendieron á nueve chelines únicamente. Durante cuatro años asistió asiduamente á los tribunales de Londres y el distrito del Norte, con éxito muy escaso. Hasta en su pueblo natal, rara vez tenía otra causa que defender más que de pobres de solemnidad. En verdad, eran tan desconsoladores los resultados, que ya casi se había resuelto á abandonar su suerte en Londres, y establecerse en algún pueblo de provincia como abogado del campo. Su hermano Guillermo escribió á su casa: *¡Los negocios están muy tristes para el pobre Juanucho, realmente tristes!* Pero conforme se había escapado de ser almacenero, acomodador de carbón, y párroco campestre, así se escapó también de ser abogado del campo.

Al fin se presentó una oportunidad que permitió á Juan Scott exhibir el gran conocimiento del derecho que había adquirido tan laboriosamente. En un asunto en que estaba empeñado, provocó un punto legal contra los deseos del procurador y del cliente que lo ocupaba. Decidió contra él el *Master of the Rolls* (1) pero en la apelación ante la cámara de los pares, lord Thurlow revocó

1 La segunda dignidad judicial de Inglaterra.

la sentencia sobre el mismo punto promovido por Scott. Al salir de la cámara ese día, le tocó en la espalda un abogado y le dijo: « Joven, el pan y la manteca os está cortado ya para toda la vida. » Y la profecía resultó cierta. Lord Mansfield tenía la costumbre de decir que no había conocido un intervalo entre ningún negocio y tres mil libras esterlinas al año, y Scott ha podido decir lo mismo; porque su progreso fué tan rápido, que en 1783, cuando sólo tenía treinta y dos años, fué nombrado abogado del Rey, estaba á la cabeza del distrito Norte, y se sentaba en el parlamento por la ciudad de Woobley. El triste, pero imprescindible trabajo para ganar el pan al principio de su carrera, fué lo que puso los cimientos de su éxito posterior. Ganó sus espuelas con la perseverancia, el saber, y la habilidad cultivados diligentemente. Fué nombrado sucesivamente para los empleos de agente y de procurador general, y se elevó firmemente hasta el más alto puesto que puede conceder la Corona; el de lord canciller de Inglaterra, que ocupó durante un cuarto de siglo.

Enrique Bickersteth era hijo de un cirujano de Kirkby Lonsdale, en Westmoreland, y fué educado para esa misma profesión. En Edimburgo se distinguió como estudiante por la firmeza con que trabajaba, y la aplicación que consagraba á la ciencia de la medicina. De regreso á Kirkby Lonsdale, tomó una parte activa en la práctica de su padre; pero no tenía afición á esa carrera y se puso descontento con la obscuridad de un pueblo de campo. Sin embargo, continuó estudiando activamente y se dedicó á las teorías de los ramos más elevados de la fisiología. De conformidad con su deseo, consintió su padre en enviarle á Cambridge, donde según su intención, quería graduarse como médico con el propósito de ejercer su profesión en la metrópoli. Una aplicación excesiva á sus estudios le perjudicó en su salud; sin embargo, y teniendo en vista restablecer sus fuerzas, aceptó el nombramiento de médico de lord Oxford. Estando en el continente aprendió el italiano, y adquirió una gran admiración por la literatura italiana, pero no mayor simpatía por la medicina, de la que había tenido antes. Por el contrario, resolvió abandonarla, pero regresando á Cambridge, se graduó; y que trabajó con ardor se puede inferir del hecho que fué el laureado de aquel año. Contrariado en su deseo de entrar en el ejército, se dedicó al foro, y entró como estudiante en el « Inner Temple. » Trabajó en el estudio del derecho

con tanto ardor como lo había hecho con la medicina. Escribiéndole á su padre, le decía : « Todos me dicen : Podéis estar seguro de que al fin tendréis éxito, perseverad tan solamente; y aunque no comprendo bien cómo ha de acontecer esto, trato de creerlo tanto como puedo, y no dejaré de hacer todo lo que esté en mis facultades. » Á los veinte y ocho años fué admitido en el foro, y aun tenía que andar todos los pasos de la vida. Sus recursos eran limitados, y vivía á cargo de sus amigos. Durante varios años estudió y esperó. Con todo, no llegaban los asuntos. Cercenaba sus gastos de recreaciones, ropas, y hasta de las cosas más necesarias para la vida; siguiendo luchando infatigablemente á través de todo. Escribiendo á su casa, « confesaba que apenas sabía como podría luchar hasta que tuviera una buena época y oportunidad para establerse. » Después de esperar tres años, sin tener aún éxito alguno, escribió á sus amigos que antes de continuar siendo una carga para ellos, estaba dispuesto á abandonar el asunto y regresar á Cambridge, « donde estaba seguro de la manutención y alguna ganancia. » Los amigos le enviaron otra pequeña remesa, y él perseveró. Los asuntos comenzaron gradualmente. Habiendo desempeñado con crédito asuntos pequeños, le fueron confiados algunos de más importancia. Era hombre que nunca desperdiciaba una oportunidad, y no dejaba que se le escapara ninguna ocasión legítima de adelantar. Su inquebrantable laboriosidad principió á hacerse sentir en la fortuna; unos cuantos años más, y ya no solamente podía pasarlo sin ayuda de su casa, sino que estuvo en aptitud de pagar con intereses las deudas que había contraído. Las nubes se habían disipado, y la carrera ulterior de Enrique Bickersteth fué de honra, de lucro y de distinguida celebridad. Terminó su carrera como *Master of the Rolls*, teniendo asiento en la cámara de los pares como barón Langdale. Su vida es un ilustre ejemplo del poder de la paciencia, la perseverancia y el trabajo concienzudo, al elevar el carácter del individuo, y coronar sus trabajos con el éxito más completo.

Tales son algunos de los hombres distinguidos que han abierto su camino honrosamente hasta la más elevada posición, que han ganado las más valiosas recompensas de su profesión por medio del ejercicio diligente de cualidades en muchos conceptos de un carácter común, pero convertidas en potentes por la fuerza de la aplicación y de la laboriosidad.

CAPITULO VIII

LA INERCIA Y EL VALOR

Para un corazón valeroso, nada hay imposible. — JACQUES COEUR (1).

El mundo es del valiente. — *Proverbio alemán* (2).

En toda obra que principiaba... lo hacía con todo corazón, y prosperaba. — 2 *Crónicas*, XXXI, 21 (3).

Recuerda un célebre discurso de un antiguo normando, que caracteriza por completo al teutón: « No creo ni en ídolos ni en demonios, dice, pongo mi única confianza en mi propia fuerza del cuerpo y del alma. » El antiguo crestón de un pico, con el lema de : *O encuentro camino ó me abro uno*, era una expresión de la misma independencia robusta que hasta nuestros días distingue á los descendientes de los hombres del norte. Nada podría ser, en realidad, más característico de la mitología escandinava, que el tener un dios con un martillo. El carácter de un hombre se conoce en las pequeñeces, en los detalles, y hasta de una prueba tan insignificante como lo es el modo como un hombre maneja un martillo, puede inferirse, hasta cierto punto, la clase de energía que tiene. De esa manera determinó un francés eminente con una sola frase la cualidad característica

(1) *A cœur vaillant rien d'impossible.* — JACQUES COEUR.
(2) *Den Muthingen gehört die Welt.* GERMAN PROVERB.
(3) In every work that he began... he did it with all his heart and prospered. 2 CHRON. XXXI, 21.